Como ya se ha notado, los poetas bucólicos no creyeron ajeno de la poesía pastoril cantar asuntos menos humildes que los de la vida campestre, y así lo da á entender Virgilio en los tres primeros exámetros de su égloga IV:

Sicelides musæ, paulo maiora canamus,
Non omnes arbusta iuvant humilesque myricæ
Si canimus silvas, silvæ sint consule dignæ.

No debe, pues, extrañarse que siendo más elevado el asunto, lo sea asimismo el estilo; y que en la combinación del género épico con el bucólico, cada uno de ellos haya sacrificado algo de lo que le es propio; pero salvando lo esencial y característico. Y así la poesía pastoril conserva sus campos, sus ovejas y sus flores. Con la pompa de la dicción y la grandiosidad del asunto, alternan la naturalidad, delicadeza y gracia de pensamientos, afectos é imágenes, y también la elegante sencillez de la frase. Prueba la verdad de esta observación la misma égloga IV que anuncia la espontánea fecundidad de la tierra, la abundancia y tranquilidad de los campos, la variedad de las flores y la belleza de las ovejas teñidas por la naturaleza misma, de nuevos y hermosos colores.

Si volvemos nuestra atención á las poesías originales de nuestro autor, en ellas también advertiremos impreso el sello de profundo amor á la Naturaleza. Pudiera decirse que las cuerdas de su lira vibran casi siempre á impulso de sentimiento tan puro.

En las poesías bucólicas ha sabido juntar á la sencillez y naturalidad de Teócrito, el arte y elegancia de Virgilio; tales cualidades se hallan reunidas en el soneto intitulado «Al entrar el Invierno,» que no llevará á mal el lector le ponga á la vista; dice así:

El crudo Norte con su aliento frío
Va el llano poco á poco despojando
De su hermoso verdor, y deshojando
El tierno sauz del vaporoso río.
¿En dónde pacerás, rebaño mío,
Causa inocente del tormento infando
Que sufre el corazón? ¡Ya estás balando
Y aun no se cuaja el matinal rocío!
. . . . Ya sé lo que he de hacer. La hierba fina
Que ajironada flota en la laguna,
Tu alimento será; copuda encina

Te abrigará á su pie; y en la importuna
Noche fría, mi avena peregrina
He de tañer al rayo de la luna.

Quizá ofenda al que no esté familiarizado con los poetas bucólicos la ingenua sencillez de esta frase: «Ya sé lo que he de hacer;» mas si se reflexiona un poco, se concederá sin esfuerzo, que es una de las bellezas del soneto, á pesar de la aparente llaneza de la expresión, pues brota espontánea de los labios del apenado pastor, y por su inimitable naturalidad contribuye á dar á todo el cuadro el colorido y tono propios de la poesía pastoril. Tal vez una crítica melindrosa desdeñaría también estos versos de Teócrito traducidos por Ipandro Acaico:

Y mira no te acerques al carnero
Que de África me vino, porque cuerna,
Títiro caro, aun al mejor vaquero.

y quién sabe si hasta llegaría su desacato á notarlos de rusticidad.

En la poesía descriptiva brillan también singularmente las dotes de Pagaza. En este género el triunfo del arte estriba en la perfección de la copia, que ha de reproducir las bellezas del original, si bien purificadas de todo lo que en la naturaleza sea feo ó desagradable, y descargada de pormenores que nada signifiquen, pues no debe perderse de vista que aun en lo real debe buscarse lo ideal; y que el arte desecha lo real, cuando carece de significado.

El romance intitulado «A un Poeta» es una colección de bellísimos paisajes, en los cuales el vate se muestra no sólo admirador apasionado, sino profundo observador de la Naturaleza. Hay gran variedad en los cuadros que presenta; movimiento y animación en los objetos que describe; frescura y verdad en el colorido; y por lo que hace á la verdad, es tanta, que asistimos con el autor á los espectáculos que nos ofrece; y visitamos los lugares á los cuales nos conduce; todo lo que da á este romance un tinte enteramente local. En él refiere el poeta á un amigo suyo la vida que lleva en el campo; pinta los lugares y escenas que más le deleitan, y hablando de una excursión matinal, dice:

Me agrada al romper el día,
A la luz de las estrellas
Fugaz, del cerro vecino
Trepar por la cumbre enhiesta;
Y contemplar extasiado,
Sin que la escarcha me ofenda,
La perspectiva admirable
Que por doquier me rodea,
(Ora contemple la altura,
Ora contemple la tierra)
En el punto en que á la vida
El mundo dormido vuelva.
Aquella luz apacible
Entre amarilla y bermeja,
Salpicada de diamantes
Que ya el horizonte incendia;
Aquel plañir de los ríos
Que no lejos se despeñan
Entre brumas, aventando
Sus aguas de piedra en piedra;
Aquel aspecto arrogante
De los arbustos, que ostentan
En su frente obscurecida
Líquida y clara diadema;
Aquel huir de las sombras
Que obstinadas se atrincheran
Tras los troncos, rehusando
Retornar á sus cavernas;
Aquella flama que asoma
Del Zempoala en la cresta,
Trémula, blanca, radiante
Que magestosa se eleva:
Graznan las aves palustres,
Los gallos cantan al verla
Batiendo sus blondas alas.
¡Es la matinal estrella!

Nótese, además, con qué soltura y fluidez corren estos versos, y cómo no se empaña un solo punto el brillo de este cuadro iluminado por

Aquella luz apacible
Entre amarilla y bermeja
Salpicada de diamantes
Que ya el horizonte incendia.

Pero la poesía no sólo vive de imágenes, se alimenta también de sentimientos, y entre ellos ocupa el amor el primer lugar, por ser raíz de todas las pasiones. Quienes sean extraños al arte, y

jamás hayan sido visitados por la inspiración, han de pensar que Pagaza, por la austeridad de su carácter sacerdotal, no debía hacer vibrar en su lira la cuerda destinada á ese sentimiento. Pero pensar así, es olvidar que la poesía, como lo da á entender el mismo nombre, es una especie de creación, y muchas veces canta no lo real ni lo existente, sino el ideal que ella ha creado, dándole un sér que en sí mismo no tiene. Así se concibe que sin amor se pinte el amor, y que el poeta, para dar forma concreta á un sentimiento vago, indefinido, y si puede decirse abstracto, finja una belleza que tiene sólo una existencia ideal.

Pagaza, levantando el vuelo hasta las regiones serenas del más puro idealismo, ha puesto en sus pastores un amor tan noble y generoso, que raras veces es dable sentirlo así acá en la tierra. Y para que se vea cuánto ha purificado y engrandecido este sentimiento, leamos el soneto que en la corteza de un árbol escribe á su amada un pastor desdeñado.

Cuando la suerte con airada mano
Enturbie, Filis, de tu dicha el cielo,
Y el desamor con hálito de hielo
El fuego extinga de tu pecho insano;
Cuando demandes compasión en vano
De quien no alcance tu inefable duelo,
Y sola cruces erizado el suelo,
Enjuto el rostro y el cabello cano;
Ven, Filis, ven á mí. La sierra erguida
No ha de negarnos en su seno frío
Algún rincón donde acabar la vida.
Y tu lloro al mezclarse con el mío
Dirás ¡ingrata! de mi cuello asida:
¡Fué más grande tu amor que mi desvío!

No puede rayar más alto la pureza y abnegación de este amor del alma, que al par que intenso, es suave, delicado y puro como el delgado perfume de una rosa.

Si se compara el soneto anterior con la oda XXV de Horacio intitulada «A Lidia,» resplandecerán todavía más las bellezas de orden moral que en él ha puesto Pagaza. Contrastan en efecto los nobilísimos sentimientos del pastor despreciado con la injusticia del poeta venusino que dirige á Lidia frases acerbísimas y groseramente lúbricas, sólo porque no ha estado en su mano evitar que el tiempo le arrebatara una á una las gracias y atrac-

tivos de la juventud. Pecado gravísimo para tiempos y poetas que sólo buscaban en el amor la quinta esencia de concupicencias vergonzosas y abominables.

Contrastan asimismo con el soneto de Pagaza las coplas del maestro Fr. Luis de León «A una desdeñosa,» y no porque en ellas el poeta horaciano haya imitado las lozanías juveniles, ó mejor diré, las intemperancias de su modelo; sino porque vincula también el amor en la juventud y en la belleza, y lo presenta no como el sentimiento generador de afectos nobles y levantados, ni como causa eficiente de grandes sacrificios; sino como una exigencia de orden enteramente fisiológico, claramente significada en los versos demasiado trasparentes, que copio en seguida:

¿Qué vale el beber en oro,
El vestir seda y brocado,
El techo rico labrado,
Y los montes del tesoro?
¿Y qué vale si, á derecho,
Os da pecho
El mundo todo y adora,
Si á la fin dormís, señora,
En el solo y frío lecho?

Pagaza no sólo ha cantado la vida de los pastores, también ha llorado su muerte; y de tal manera ha descrito las angustias que acompañan á este último trance, y con tal verdad ha expresado el amargo desconsuelo que deja en el corazón la pérdida de un sér querido, que el lector siente humedecerse sus ojos por lágrimas tan dulces, como las que San Agustín derramaba al leer el libro IV de la Eneida.

Hay en sus elegías incomparable riqueza de imágenes que excitan ó avivan sentimientos de amor, de ternura y de piedad, así como de tristeza y melancolía. En una de ellas refiere cómo un pastor en bosque sombrío y repuesto halla á Mirtilo que, rodeado de sus ovejas, está á punto de espirar, y profiere entrecortadas estas palabras:

¡Madre!.... ¡qué frío!.... ven á socorrerme.....
Ven.... estoy solo.... ¡ven! ¿por qué te alejas?
Recoge amante mi postrer suspiro....
Si en arrullarme fuiste la primera....

Muere al fin, y

El mismo Apolo su radiosa frente
Al espirar el seductor poeta
Hundió lloroso; y desde entonces cruza
Envuelto en nubes la enturbiada esfera.

La personificación mitológica del sol depara al vate un nuevo modo de decirnos cómo las nubes, á manera de fúnebre paño, cubrieron el cielo desde el momento en que Mirtilo dejó de existir.

Luego refiere que:

Guarda sus restos en humilde fosa
El vecino oquedal; con sombra densa
Un ciclamor y un álamo cobijan
El montecillo de mojada tierra.

Los deseos de Mirtilo, mostrados á un amigo suyo en días mejores, fueron fielmente cumplidos. Así lo asegura quien oyó sus palabras postreras:

Cumplí su voluntad. Las castas aves
Por su prole atraídas, en las tiernas
Ramas del árbol con el crudo viento
En dulce consonancia se querellan.

Su flauta, Delio, su armoniosa flauta,
Que tanto, tanto mitigó sus penas,
De mimbre y trébol con fragante lazo
Sobre su tumba agítase suspensa.

Enamoran en todo el pasaje anterior la naturalidad, verdad y delicadeza de sentimientos. Un guerrero quiere que sobre su sepulcro se admiren los trofeos que recuerden sus victorias; no es menos natural el deseo que expresa nuestro pastor.

En la elegía á la muerte de Delio hay reminiscencias mitológicas tan oportunas que, según yo creo, justifican el uso de las creaciones clásicas del arte antiguo. Supone el poeta que Delio cruza la laguna Estigia, y le dirige estas sentidas frases:

Tal vez ahora al rayo de otra luna,
En la piragua del feroz Barquero,
Vas cruzando la frígida Laguna;

Y absorto acaso miras pasajero
El agua turbia, el cárdeno horizonte,
Las negras ovas é insondable estero;

Y al acordarte del peñón bifronte
Que tu redil protege y tu cabaña
En el declive de apacible monte,

Solo, entre sombras, en región extraña,
Tal vez sollozas, y caliente lloro
En largas venas tus mejillas baña.

Tal vez escuchas el crujir sonoro
Del remo grácil, y de espectros vanos
Yerto presides el funesto coro.

¡Tal vez me llamas! . . . y al mirar lejanos
Los dulces valles de la opuesta orilla,
Tiendes á mí tus suplicantes manos.

No se puede expresar mejor el amor á la vida y el apego á cuanto en ella es querido para nosotros, que por la admirable imagen del último terceto. Los calificativos lejanos y dulces, aplicados á los *valles de la opuesta orilla*, no pueden ser ni más propios ni más expresivos.

No faltará quien diga que ya pasó el tiempo de las reminiscencias mitológicas, y que se deben romper estos moldes del arte antiguo; pero yo no veo qué inconveniente haya en conservarlos, siempre que se consideren como símbolos de ideales más puros y más elevados. Así no se *paganiza* el Cristianismo, como han dado en decir los enemigos de los estudios clásicos; lo que se hace es hermosear las más altas concepciones del entendimiento humano con las galas de la fantasía privilegiada de los helenos; y cabalmente la grande obra del Renacimiento en la esfera del arte, fué sellar la alianza de esa imaginación con la inteligencia, y todavía más, con la fe cristiana.

Creo que no viene fuera de propósito citar aquí algunas palabras de dos grandes ingenios españoles, que dan á conocer cómo juzgan de la influencia que todavía ejerce la mitología en el arte:

«Los dioses griegos, dice el Sr. D. Juan Valera, viven en nosotros, tienen en nuestras almas Olimpo y Parnaso; son ideas inmortales de un pueblo que nos dió el arte, la filosofía y las letras humanas; contra todo lo cual ni la prosaica y positiva sabiduría novísima puede gran cosa, ni el Cristianismo ha querido luchar, sino que gusta de que viva, y aun toma para adornar sus verdades y sus representaciones artísticas cuanto hay en ello de

hermoso y puro. Por esto dice nuestro poeta» (el Sr. Menéndez Pelayo):

«Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa,
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocóse
Más de un templo gentil purificado.»

Aunque hasta aquí sólo se ha hablado de las poesías bucólicas de Pagaza, no se piense por esto que cultiva ese género con exclusión de cualquiera otro; véase cómo prueba la epístola que dirige á Tirsi, solícito por mitigar la pena que á éste causa la muerte de su excelente y cariñosa madre. Toda la composición está sembrada de enseñanzas filosóficas y cristianas que atavía el poeta con todas las galas de su exuberante imaginación.

Hablando de la inconstancia de las cosas humanas, nos dice:

El dolor y la dicha (y ésta escasa),
El sentimiento, el odio, los amores
Y aun el mismo recuerdo, todo pasa.

Mira en el campo las galanas flores:
Un mismo sol las tiñe en el estío
Y en invierno las queman sus rigores.

Fija tus ojos en el fresco río;
Y advierte que unas veces se desliza
Con blando murmurar, y otras bravío.

Si una nube de púrpura ó pajiza
Al sonreir el alba surca el cielo
Y partida en jirones le matiza,

A la tarde trocada en pardo velo
Esconderá la luz hermosa y pura
Poniendo el mundo en confusión y duelo.

Así el triste mortal ¡oh desventura!
Liba apenas un cáliz de ambrosía
Para agotar un cáliz de amargura.

Y ten por cierto que en alegre día
Ese hermoso brillar del sol divino
Es precursor de tempestad sombría.

Teniendo presente el poeta que el dolor simpatiza con el dolor, y que el llanto del que padece es más eficaz para el consuelo que la risa del que goza, le dirige á Tirsi estas sentidas frases:

¿Podré esperar que temple tus querellas
Mi débil voz, si ves que los pesares
En mí han dejado tan profundas huellas?

Sí, ven conmigo á mis yermados lares
En donde solo la iracunda muerte
Me deja á mí, y el tiempo dos pilares.

Imposible es analizar y ponderar el hondo sentimiento de tristeza que nos causan esos *yermados lares* en los que tal estrago ha causado la acción destructora del tiempo, que casi no quedan ni ruinas de ellos. Quien así siente y hace sentir es verdadero poeta.

Con dolor tan acerbo contrasta la inefable alegría que llena el alma, cuando poniendo el vate la esperanza en la dicha perenne de una vida ulterior, nos dice en un bellísimo terceto:

Para el que muere luce eterno día;
Arroja ufano la gravosa carga,
Y huye del mar entrando en la bahía.

Interminable sería este prólogo, ya demasiado largo, si hubiera de analizar todo lo que deleita ó admira en el presente libro. Los pasajes que he procurado hacer conocer, revelan dotes que aseguran á su autor el título de poeta. En ellos, lo mismo que en el resto de la obra, la versificación es fácil y fluida, la rima abundante y espontánea, la dicción siempre poética, el lenguaje copioso, limpio y correcto.

Su musa es á veces zagala ataviada de flores del campo, que enamora por su gracia y gentileza; á veces grave matrona que nos suspende y admira por la arrogancia y magestad de su porte.

Cuando leemos sus versos, advertimos cómo las ideas descendiendo desde las alturas de la abstracción, encarnan en las imágenes de rica y lozana fantasía, y cómo esas mismas imágenes dan color y mayor vida á sentimientos nobles y generosos unos, tiernos y delicados otros; pero todos expresados con maravillosa verdad, así por la propiedad de la frase, como por su fiel correspondencia con el ritmo poético.

Finalmente, por lo que mira á las poesías bucólicas de Pagaza, creo que puede aplicárseles lo que Quintana dijo de las de Francisco de la Torre. En todas ellas «sus imágenes, sus pen«samientos, y su estilo no desdicen nunca de este carácter, y

«guardan la propiedad más rigurosa con él. Sus dotes más emi«nentes son la sencillez de la expresión, la viveza y ternura de «los afectos, la lozanía y amenidad risueña de la fantasía. Nin«gún poeta castellano ha sabido como él sacar de los objetos «campestres tantos sentimientos tiernos y melancólicos: una «tórtola, una cierva, un tronco derribado, una yedra caída le «sorprenden, le conmueven y excitan su entusiasmo y su ter«nura.»

Perdóneme el lector que haya fatigado su atención con tan largo prefacio; pero cautivado por las bellezas que he podido descubrir en estas poesías, quise compartir con él las gratas impresiones que han dejado ellas en mi alma, y exponer mi manera de juzgarlas. Cierto es que el juzgarlas había de reservarse para quien fuera crítico y poeta á un mismo tiempo; no para mí que no soy ni lo uno ni lo otro, como creo dejarlo bien probado en este desdichadísimo prólogo.

Quizá se me sindique de parcial, notando que he tenido elogios para los aciertos, mas no cesuras para los defectos, leves sin duda; pero que no faltarán en este libro, como no faltan nunca en ninguna obra humana. A esta observación contestaré con el célebre autor de la carta á los Pisones:

Hay empero defectos que merecen
Indulgencia ó perdón, pues ni templada
El músico su cítara halla siempre,
Y en vez de un tono agudo un grave saca,
Ni siempre al blanco el tirador acierta;
Así, pues, si primores mil realzan
Un poema magnífico, no debo
Dejar de perdonar ligeras faltas,
Ora sean efectos de descuido,
O de la pobre condición humana.

(Traducción de Burgos.)

Creo que el lector benévolo, pero al mismo tiempo justo, aplicará los anteriores versos al presente libro que, según yo pienso, sobrevivirá, sin duda, á su inspirado autor.

RAFAEL ÁNGEL DE LA PEÑA.

CORRIGENDA

Página.	Línea.	Dice.	Léase
VIII....	30.....	μαντίχη.....	μαντιχή
XIII....	35....	el haz de la tierra...	la haz de la tierra
XIV....	12....	El otro.....	Otro
XIX....	23....	amabeos.....	amebeos
XIX....	30....	primitivas.....	primitiva
XX....	12....	en los primeros cuartetos..	en los cuartetos
XXI....	27....	en los primeros cuartetos..	en los cuartetos
XXII....	27....	amabeos.....	amebeos
XXIII....	5 y 6. ..	Heine, Bond Wvnderlik....	Heyne, Dubner, Wunderlik

Página.	Verso.	Dice.	Léase.
11.....	6.....	Dejando.....	Dejado
15.....	24.....	uraña	huraña
27.....	25.....	de Lacio.....	del Lacio
28.....	16.....	dal Parnaso.....	del Parnaso
71.....	22.....	ánzar.....	ánsar
106.....	34.....	los guijos.....	las guijas,
161.....	14.....	Veía balancear.....	Miré balancear
190.....	11.....	dorado suelo.....	adorado suelo
191.....	9.....	Solo.....	Sólo